

El genial Guillermo Cabrera Infante nos traza una:

Semblanza de Joseph Roth

(Primera de dos partes)

No hay que confundir a Joseph Roth con el novelista Phillip Roth, ni con el escritor Henry Roth (también nacido en Austria-Hungría), ni con la estrella de cine Lillian Roth, que tuvo más de quince minutos de fama (de hecho fue una hora y media) con su biografía lírica *Lloraré mañana*, en que Lillian se muestra más alcohólica que Joseph —si esto es posible. Roth tampoco es Gras, el pintor de caricaturas de la sociedad alemana. Aunque hay una cierta verdad en la analogía negativa: Roth, el novelista, fue con su pluma (o con su máquina de escribir) un caricaturista de genio y una o dos frases le bastaban para revelar —o desvelar, en los dos sentidos de la palabra— a un personaje y no sólo su carácter, sino su entera biografía.

El reino de Francisco José (o para decir su nombre varias veces real, Franz Joseph) se extendió en el tiempo desde 1848 hasta 1916, esa casi eternidad en que fue emperador de Austria y rey de Hungría. Dice el escritor J. M. Coetzee cuando habla de los cincuenta millones de subditos del emperador: "Menos de un cuarto de ellos hablaba alemán como primera lengua. Aun dentro de Austria misma cada dos personas eran eslavos de una forma o de otra; checos, eslovacos, polacos, eslovenos, serbios, croatas y ucranianos".

La Primera Guerra Mundial se originó, según los austriacos, por culpa de los bosnios y los herzegovinos, cuando el estudiante anarquista Gavrilo Princip, nacido en Serbia, asesinó al archiduque Francisco Fernando y a su consorte durante una visita que hacía, precisamente, a Sarajevo. La fecha, junio 28 de 1914, ha quedado grabada con fuego en la historia —de acuerdo con Borges, no sólo universal sino también infame.

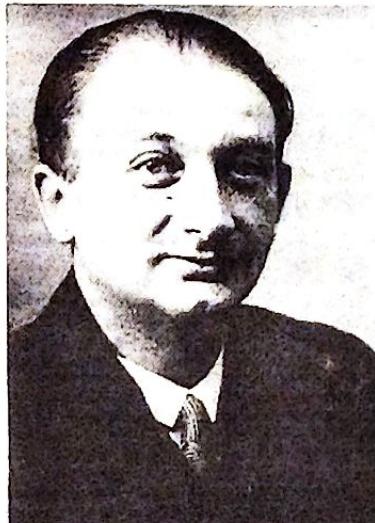
Cuando se firmó el armisticio (que hizo que un oscuro Adolf Hitler cambiara de pintor para escritor y escribiera su atroz *Mehr Kampf*, donde hizo célebre la frase "La historia me absolverá"), en 1918, no sólo Adolfo sino Segismundo (Freud) lamentó la firma del Tratado de Versalles y sus consecuencias: "Austria-Hungría no existe ya más", exclamó Freud, "y no quiero vivir en ninguna otra parte del mundo". Para continuar diciendo: "Seguiré viviendo con el torso y me imaginaré que es el cuerpo completo".

Otros, siguiendo a su cabeza, se escaparon del torso en un salto de la sartén conocida a otro luego más querido y se mudaron de Viena a Berlín. Unos pocos aunque célebres siguieron viviendo en el torso mutilado cuando el imperio fue desmembrado: entre ellos estuvieron Freud y otro médico notorio, Arthur Schnitzler. Están además los que dieron el salto preferido al cine (Fritz Lang, Fred Zinnemann, Billy Wilder) y a la capital de la decadencia y las orgías perennes entre los titos. Mientras, Freud acostaba otros torsos, casi siempre femeninos, en su sofá ubicuo para oír mejor los sueños como cuentos (y los cuentos como sueños; ése era su arte de la paciencia como método terapéutico) hasta que llegaron los nazis y lo mandaron prácticamente al otro mundo para un vleñés —a Londres. Por otra parte, el poeta Stefan Zweig, convertido en rico biógrafo de las estrellas, fue enviado a la fama mundial y al suicidio —para probar que la nostalgia, como el exilio, mata.

Roth, aunque también se había exiliado a Berlín, podía escribir: "Mi experiencia más inolvidable fue la guerra y el fin de mi patria, la única que tuve: la monarquía Austrohúngara" —que Roth escribía siempre con mayúsculas. Para continuar con su celebración melancólica: "Amaba esta patria mía", escribía en un prólogo a su novela más perfecta, *La marcha Radetzky*, "que me permitía ser a la vez un patriota un ciudadano del mundo entre todos los pueblos de Austria y también un alemán". Poco sabía Roth que sería un despatiñado en todas partes: un apatriado —y que moriría no en Viena ni en Berlín sino en París. Murió de la muerte natural de un alcohólico: el alcoholismo.

Para dar una idea geográfica de los cambios históricos de esa zona del mundo (la que Roth llamaba "esta patria mía") no hay más que conocer sus diferentes nombres en más de tres idiomas. La antigua Breslavia se ha llamado en distintas épocas Bressau, Vratislavia, Wroclaw, Vrastlav, Vrallaw, Vractlaw y otro nombres en otras escrituras —entre ellas en hebreo y en ruso. Hoy se llama Wroclaw y forma parte de Polonia y está enclavada en la región de Silesia, también llamada en polaco Slask, en alemán Schlesien y en checo Slezko. No soy un experto (y además todos los expertos mienten) en historia de la Europa central y oriental, pero sí creo en la determinación del nombre de esta región donde han convivido tantos pueblos y tantas razas no siempre en paz, sino en muchas guerras locales, regionales y continentales —algunas llamadas incluso guerras mundiales.

Fue otro novelista austriaco, Hermann Broch, por ser judío, es decir cosmopolita, y vienés, fallecido en su exilio de Nueva Jersey, quien dijo que el arte (refiriéndose a la literatura) "tiene una significación social pero a un nivel metafísico". Esta frase es, por supuesto, un axioma estético. Nacidos ambos en el Imperio austrohúngaro, Broch y Roth son diametralmente opuestos. La única metafísica posible en Roth es el humor y la intrusión de la historia contemporánea en su felicidad de expresión. No como productora



Roth, aunque también se había exiliado a Berlín, podía escribir: "Mi experiencia más inolvidable fue la guerra y el fin de mi patria, la única que tuve: la monarquía Austrohúngara" —que Roth escribía siempre con mayúsculas. Para continuar con su celebración melancólica: "Amaba esta patria mía", escribía en un prólogo a su celebración melancólica: "Amaba esta patria mía".

de Incidentes no siempre histórico y sí productos de ese dios contrario a la Historia, considerada como diosa odiosa, que es el Azar.

Mosés Joseph Roth nació en 1894 en Brody, ciudad que queda "a una pocas millas de la frontera rusa en la llora de Galicia" (Que hay que escribir en español exótico Galitzia para que no confundan a los gallegos y los crean polacos.) "En los años noventa (del siglo XIX) dos tercios de la población eran judíos" y así Joseph Roth fue llamado Moisés. Roth, una vez en Viena, ocultó su Moisés y usó desde entonces su segundo nombre con la idea de que parecía menos judío. Además decía (hasta en sus papeles de identidad) que nació en la impronunciable ciudad de Schwabendorf, aunque Brody era el centro de la Haskala, la unión de Ilustración judía. Joseph, nacido de nuevo pero sin cambiar de religión, inventó los más variados oficios que ejerció, fraudulentamente, su padre, mientras Roth hijo se consideró toda la vida lo que era: un escritor. Su padre padecía una enfermedad de carácter nervioso en extremo, mientras que su hijo se indujo el delirium tremens, la enfermedad mental que se hace terminal para los alcoholizados. Schwabendorf era una ciudad donde predominaban los alemanes, pero, curiosamente, es Brody la ciudad preferida por Roth para situar sus relatos. Joseph, entonces todavía Moisés, fue educado por su madre en la casa de sus abuelos, "prósperos judíos asimilados". (Esta fue la gran culpa de los judíos que se asimilaban en Austria y Alemania y se consideraban alemanes hasta que llegó Hitler y los exterminó a todos como una raza extraña, convertidos, circuncidados o no, hablaron hebreo o yiddish, en unguenier —es decir, alimafías no alemanas.)

Roth estudió en un Gymnasium donde las clases se impartían todas en alemán. "La mitad de sus alumnos eran judíos: para los jóvenes estudiantes del Este, una educación alemana les abría las puertas del comercio y la cultura dominante." Roth siempre escribió en alemán pero al final de su exilio en París intentó escribir en

francés. Precisamente en el fatal año de 1914 Roth ingresó en la universidad de Viena, ciudad que "entonces tenía la más grande comunidad judía de Europa central: unas 200,000 almas que vivían en lo que podía considerarse un ghetto voluntario", escribe Coetzee. Mientras que Roth escribió: "Es ya bastante duro ser un Ostjude", un judío del Este, "pero no hay destino más duro que ser considerado un Ostjude fuera de la sociedad vienesa". Los Ostjuden "tenían que enfrentarse no sólo al antisemitismo sino también a la altanería de los judíos occidentales".

Roth fue un excelente aunque desdichado alumno: una suerte de James Joyce en Viena. "Trabajó parte del tiempo como tutor de los hijos de una condesa." Y además "en el proceso copió tales modos y maneras de un dandy que besaba la mano de las señoras, usaba bastón y monóculo". (No tienen más que ver una fotografía contemporánea de Joyce para tener una imagen visual de su dandismo: sólo que Joyce en vez de monóculo usaba unos quevedos que él llamaba, afrancesado, pince-nez.)

La carrera académica a que aspiraba Roth nunca tuvo lugar por el inicio de la guerra. Pacifista, sin embargo se alistó en 1916 —que fue el año en que tiró su Moisés por la borda y su vida asimilada "Las tensiones étnicas", dice Coetzee, "eran bastantes en el ejército imperial para que lo trasladaran a una unidad en que no se hablaba alemán", para parar en Galitzia —en un ejército en que solo se hablaba polaco!

De estas contrariedades estuvo llena la vida del ahora llamado Joseph Roth. Pero después de la guerra se inventó unas historias fantásticas de que había sido oficial y puesto preso en un campo de prisioneros en Rusia. "Todavía años más tarde salpicaba su vocabulario con el dialecto particular de los oficiales del ejército austrohúngaro."

Después de la guerra Roth empezó a escribir para como dicen ahora los modernos, "los papeles" y se casó. Fue entonces que emigró a Berlín, Viena convertida en el foro sin cabeza que llenaba la vida vivida y las vividas pesadillas del inventor del lenguaje terapéutico de los sueños. Ahora el imperialista Roth se hizo de izquierdas y firmaba sus artículos como *Der rote Joseph* —Roth el rojo!

(En un reverso típico de Roth, su mujer se volvió loca y tuvo que internarla en un manicomio —de donde la sacaron los médicos nazis por el habitual expediente de la eutanasia, antes de que muriera el "autor cosmopolita", ahora convertido en activista de la vuelta de su patria como un imperio llamado la Gran Austria.)

Fue también por ese entonces que publicó la primera de sus *Zeitungromane* —las novelas—periódico. Una de ellas, *La telaraña*, tenía como tema presente "la amenaza espiritual y moral de la derecha fascista". Aparecieron tres días antes de los que se conoce como el "putsch de la cervecería", el fracasado intento de Hitler de tomar el poder por primera vez.

En 1925 Roth fue nombrado corresponsal en París del diario *Frankfurter Zeitung* y se convirtió "en el periodista mejor pagado de Alemania". Inmediatamente se hizo más francés que los franceses y amante inútil de las mujeres francesas, a las que consideraba siniestras y suaves como la seda. Fue entonces que jugó no sólo con las francesas sino con la idea de convertirse en francés. Pero la felicidad de París no duró más que un año y, despedido y despedido, se fue a Rusia, aunque ya escribía de las "dudosas consecuencias de la revolución rusa". Sus reportajes rusos fueron un éxito enorme, aunque "continuaba escribiendo licencia para tomar distancia de un mero periodista". "Yo no escribo", escribió, "yo que se llaman comentaristas ingeniosos. Yo dibujo las facciones (irregulares) de la época... Soy un periodista, no un reportero, soy un escritor, no un fabricante de editoriales".

Pero el primer gran éxito no le vino a Roth como corresponsal, ni siquiera como editorialista, se lo debió, cosa curiosa, al cine. En 1930 publicó una novela, *Job: la historia de un simple*, que tiene uno de esos finales felices que tanto gustan en Hollywood. Es el cuento (mejor, la fábula) de un hombre fracasado que continúa su fracaso en un hijo bobo. Un día el *Job* de Roth se encuentra más fracasado que nunca, pero (siempre hay un pero, hasta para parar el infarto) el hijo pródigo, para nada un prodigo, tiene un éxito lardío pero arrollador como violinista y rescata al padre que había padecido toda su vida una mala suerte peor que la muerte —exactamente como el *Job* bíblico. Roth encontró también su suerte como autor dos años más tarde, cuando publicó su obra maestra absoluta, *La marcha Radetzky*.

(Continuará)

